

Presentación del libro del Dr. Rafael Ballén “los males de la guerra”

Luis Bernardo Díaz Gamboa¹

El trabajo que presenta el Dr. Rafael Ballén tiene que ver con un insinuante título de su investigación: Los males de la Guerra, remembranza platónica que ya de entrada nos indica la posición del autor en contra del fenómeno bélico, de las armas y la muerte, de la desolación y la barbarie. Y cita la famosa frase de Herodoto, gran pacifista de la antigüedad: “Nadie será bastante insensato para preferir la guerra a la paz. Durante la guerra, los padres entierran a sus hijos; en tiempo de paz, los hijos son los que entierran a los padres”. Y luego cita a Paul Valery: “La guerra es una masacre entre gentes que no se conocen para provecho de gentes que sí se conocen pero que no se masacran”.

Nos recuerda que “el primer estratega teórico de la guerra es muy reciente, frente a la historia del hombre: el chino SunTzu, a quien algunos historiadores ubican entre los siglos VI y V a C. las más recientes y autorizadas investigaciones señalan que vivió entre 400 y 320 a. C”.

Muchos años de investigación -8 para ser exactos, producen una obra de esta magnitud que se convierte en imprescindible documento para penetrar en el terreno de la polemología a nivel nacional e internacional. Reconocimiento al Grupo Hombre y Sociedad escalafonado en el grado más alto en Colciencias.

Inicia el autor proponiendo una explicación a la etiología de la guerra y encuentra que la misma es un artificio del hombre y un producto de la cultura, que no somos guerreros por naturaleza, ni genéticamente. Cita cómo “desde cuando aparecieron los más antiguos

¹ Phd. En Derecho de la Universidad Complutense de Madrid (España). Docente de Planta de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Estudios de Post-Doctorado en Derecho en la Universidad de Valencia (España).

imperios hasta nuestros días, los pueblos han padecido una cadena de guerras: en 3.435 años de historia sólo ha habido 270 años de paz, lo que corresponde a menos del 8% del total de la vida del hombre civilizado". Si existiera –como presuntamente existen– seres interplanetarios y culturas más avanzadas en el espacio sideral incommensurable, verán aterrados cómo una raza –la humana.– ha venido destruyéndose por diversos factores.

Las consecuencias de la guerra son escalofriantes: "El antropólogo Santiago Genovés, en su obra Expedición a la Violencia, nos ofrece datos impresionantes. Como consecuencia de las guerras que se llevaron a cabo entre 1820 y 1990 hubo unos 150 millones de muertos; entre la segunda guerra mundial y 1990 hubo cerca de 250 guerras, escaramuzas, golpes de Estado y sangrientas revoluciones; durante el mismo período hubo un promedio anual de 12 hechos de guerra que se desarrollaron simultáneamente, en diferentes países, con solo 22 días de paz real; durante los últimos 40 años han muerto por causa de la guerra aproximadamente 30 millones de personas; entre 1820 y 1990 el promedio de muertos por año asciende a 500.000, y en 3.435 años de historia, sólo ha habido unos 270 de paz, lo que corresponde a menos del 8% del total de la vida del hombre civilizado".

"En Colombia según el Cinep, en el período de 1988-2003 el total de muertos como consecuencia del conflicto fue 75.701, desagregados en dos lapsos: 25.398 entre 1988 y 1993, y 48.128 de 1995 a 2003. Por su parte la Vicepresidencia de la República en el período comprendido entre 1988 y 2007, señala la cifra de 46.228 muertos, incluyendo civiles, servidores del Estado, guerrilleros y paramilitares. Además de la cifra global de muertos, las minas antipersona han matado a 1.692 personas y han dejado lisiados a 5.759 colombianos, para un total de 7.451 víctimas, durante los últimos 18 años... En Colombia entre 1988 y 2007 hubo 20.180 personas amputadas como consecuencia del conflicto armado interno, de los cuales el mayor número se produjo en 2002, con 2.246 y el más bajo en 1989 con 426. En estas cifras se incluyen civiles, miembros de la fuerza pública, paramilitares y guerrilleros".

"Un informe publicado por El Tiempo en 2002 señalaba que el conflicto interno había dejado 2.700.000 desplazados entre 1997 y 2002. Agregaba que cada año se veían forzadas a dejar sus parcelas 300.000 personas y que habían tenido que abandonar el país 240.000, para un total de 540.000 colombianos que anualmente eran desarraigados de su paisaje y su entorno social y cultural huyendo de la tortura y de la muerte. Hacia 2004 había una gran diferencia entre los datos señalados por la Red de Solidaridad Social y la Conferencia para los DDHH y el Desplazamiento CODHES. Para el primer organismo entre 1985 y 2004 se había presentado un desplazamiento de 1.609.644 personas, mientras que para Codhes, en el mismo período, el desplazamiento había sido de 3.411.306 colombianos... Las distintas organizaciones defensoras de DDHH coinciden en señalar que durante los últimos 20 años el número de desplazados es de 4 millones de personas. A esta cifra de desplazados dentro del país, hay que agregar 550.000 colombianos que 'huyendo de la violencia, han cruzado una frontera internacional y se

encuentran en situación de refugiados, casi todos en dos países vecinos, Ecuador y Venezuela. Son los invisibles de la tragedia humanitaria de una nación para la cual esas víctimas del conflicto armado prácticamente no existen'. En suma, unos 4.554.000 colombianos –el 10% de la población- andan como parias dentro o fuera del país”. Al respecto la ley de víctimas que se tramita en el Congreso aún no parece solucionar de fondo la problemática, ni tampoco la Ley de Tierras impulsada por el actual Gobierno.

La psicología política ha abordado el estudio de la guerra desde muchas aristas, pues hay pulsiones en algunos seres que los llevan a la matanza. “La cultura bélica –dice Ballén- crea una psicología de guerra que nubla la razón, doblega la sensibilidad humana y endurece el espíritu hasta el punto de llegar al sacrificio. El bienestar y la paz de un pueblo pueden sacrificarse por los laureles que un general ha de cosechar en el campo de batalla. Y tras el laurel, en pos de esa resplandeciente felicidad que ofrecen la sangre y la muerte, se despiertan las pasiones por la guerra, y muchas veces el guerrero cree que podrá ganar una batalla solo con el decidido y firme deseo de poder hacerlo. Y con un arrebatado de entusiasmo aspira a ver tantos muertos, heridos y prisioneros en las filas enemigas, que quiere comprobar, con esa visión, el temple de su alma y la reciedumbre de su personalidad”.

Y agrega: “La adrenalina –dice el corresponsal de guerra Hedges- que produce la batalla crea una adicción fuerte, muchas veces letal, porque la guerra es una droga, una droga que consumí durante muchos años... En este acercamiento al asunto –dice el Grupo de Investigación- concebimos la guerra como la miseria más dolorosa del hombre, la herida más profunda de la sociedad y el instrumento más grosero y primitivo con que cuenta el estado para hacerse obedecer. Así mismo, es la más peligrosa, la más destructiva y la más inútil de todas las empresas de la especie humana. En su praxis, la guerra es una confrontación de fuerza entre dos o más sectores de la población, o entre Estados o potencias, en la cual cada uno de los adversarios pretende imponer su voluntad al otro, utilizando armas, violencia y agresividad”.

También está el tema religioso de por medio, como catapulta metafísica: “Aunque la guerra no sea inspirada en el fanatismo religioso, todos los guerreros creen ciegamente que los dioses están de su lado, los protegen, los ayudan y les agradecen sus batallas”. En el caso del fundamentalismo religioso, el caso se presenta con mayor dramatismo.

¿Cuándo empezó la cultura belicista en los últimos tiempos a aflorar en Colombia? Para el Grupo de Investigación de la Unilibre “comenzó a sentirse una cultura de guerra a partir del 20 de febrero de 2002, fecha en la que el Presidente Andrés Pastrana rompió el proceso de diálogo con las FARC y autorizó al ejército a recuperar San Vicente del Caguán y los otros cuatro municipios desmilitarizados. Pero el punto culminante de la cultura avanzada de guerra lo alcanzó nuestra sociedad el 7 de agosto del mismo año, cuando Alvaro Uribe Vélez asumió la Presidencia de la República. Ese día estallaron en

Bogotá varios artefactos de guerra de la más rústica fabricación artesanal. Dos de esos proyectiles, lanzados por las FARC, cayeron en la Casa de Nariño en el mismo momento en que Uribe prestaba juramento ante el Congreso de Colombia y ante medio centenar de gobiernos del mundo allí representados. Y un proyectil más impactó en la Calle del Cartucho, poblada de indigentes, dejando 21 muertos y 65 heridos". El discurso de Uribe era incendiario e invitaba a la confrontación, siempre fue así durante los 8 años de Gobierno y su estilo belicista le granjeó muchas simpatías, lo que demuestra el alto grado de polarización –en parte mediática- de la población frente a temas tan sensibles como el acuerdo humanitario, el canje o la salida política negociada frente al conflicto armado. Colombia es mayoritariamente de derechas por su tradición católica.

Admiro el trabajo paciente del Grupo de investigación del profesor Ballén que día a día durante 20 años desde 1988 hasta el 2008 rastrearon la prensa e hilvanaron con precisión académica un análisis del recorrido de la guerra en el mundo y en Colombia. Fiel ejemplo es el de las fosas comunes de los paramilitares: "Una fosa de los paras aparece cada cuatro días, tituló El Tiempo en primera página el 20 de noviembre de 2006, y agregó: 'van 197 restos este año'. Y al día siguiente, 21 de noviembre, el mismo diario tituló su Editorial, 'En el país de las fosas' y bajo este epígrafe escribió: 'El País, y en especial la Fiscalía, debe tomar conciencia sobre lo que se viene encima. Hay centenares de fosas y varios miles de restos por ubicar e identificar".

Y las preguntas vienen: ¿qué daños ha ocasionado la guerra en Colombia? ¿Cómo hacemos para terminarla? De estas preguntas surge la tesis: sí hay guerra en Colombia, y no como decía Uribe que la negaba y se atrevió a decir que si el ELN pactaba la paz reconocía que si había conflicto armado. Por ello la pertinencia de un Diplomado en DIH.

Colombia ha vivido lo que se ha denominado un empate militar negativo en su conflicto interno, ni la Fuerza Pública destruye la guerrilla, ni ésta se toma el poder. Por ello un claro objetivo es el que "sepamos, de una vez por todas, que la guerra colombiana no la va a ganar ningún bando, aunque mate a su último enemigo, porque ninguna guerra la gana nadie, ni siquiera el vencedor. Para ayudar a todos los niños y jóvenes, a que entiendan que la guerra no es un castigo divino, ni un virus que está metido en la estructura genética del género humano, sino un artificio creado por el hombre para satisfacer sus grandes motivaciones de riqueza, poder, gloria y vanidad".

Uno de los primeros balances es el siguiente: "Podemos sacar dos conclusiones: En primer lugar, al menos durante treinta mil años la vida de la especie homo sapiens transcurrió en bandas y pequeñas aldeas, sin necesidad de faraones, reyes, ministros, presidentes, gobernantes, legisladores y generales que hicieran la guerra. Y en segundo lugar, aunque el hombre alcanzó la calidad biológica actual, no organizó la violencia de inmediato. El gran salto hacia la violencia tiene desarrollo con tres hechos fundamentales

que se suceden paulatinamente durante muchos años: la domesticación de los animales, el establecimiento de la agricultura y la división del trabajo. El trabajo de dirección apareció en una etapa superior de la evolución cultural, hace unos 7.000 años. Es ahí donde nace la violencia como etapa inicial de la guerra, pues, habiendo cogido dinámica la ambición y el interés particular, en sus estadios salvajes y bárbaros el hombre fue incapaz de hacerse obedecer sin recurrir a la fuerza”.

Es importante la distinción entre violencia y guerra. “La violencia tiene su base en la agresión, que, como la nobleza y la generosidad, es parte esencial del ser humano. En cambio, la guerra es el producto de un proceso de aprendizaje cultural que poco a poco se fue afianzando colectivamente hasta llegar a las más inhumanas crueldades de hoy. Y más simple aún: en toda guerra hay violencia, pero no todo acto de violencia es una guerra. La violencia es natural, la guerra es artificial... La guerra es fundamentalmente un producto de la evolución cultural... La guerra no es intrínseca o innata al hombre. No son los genes los que llevan marcada la guerra ni los que provocan la violencia. ‘No se nace criminal, monje, prostituta, poeta o soldado’. Se necesitan unas pautas culturales, un grado de educación y cierto entorno social que den comienzo a cada tipo de oficio. Tampoco hay pueblos que de manera innata sean más violentos que otros; puede haber circunstancias sociales, religiosas, y políticas que hagan a un pueblo más luchador, más resistente al sufrimiento y a los atropellos de otros, como Afganistán, que durante más de tres mil años ha soportado la agresividad y humillación de todos los imperios”. Y ciertamente que los fenómenos actuales en varios países africanos también comprueban esta afirmación, 30 años de Hosni Mubarak en Egipto y un pueblo desempleado y hambriento, hacen un coctel explosivo como lo vemos con los sucesos de El Cairo o en Siria, Yemen, Túnez o Bahrein.

“Es científicamente incorrecto decir que los humanos tienen ‘mente violenta’. Nuestra manera de actuar se determina conforme hayamos sido condicionados y socializados. Nada, en nuestra constitución neurofisiológica, nos impulsa a reaccionar violentamente... Así como la guerra se inicia en la mente humana, también la paz se origina en nuestras mentes. La misma especie que inventó la guerra tiene la capacidad para inventar la paz. La responsabilidad es de cada uno de nosotros”. Que importante tesis esta, pues echa por el piso las teorías totalitarias y reflexiona en torno al culto a la razón humana.

Cuestiona la labor activa o pasiva de las religiones. “La inmensa mayoría de las religiones recurre al chantaje, al engaño, a la estafa y a la amenaza de un castigo divino para lograr la obediencia; y algunas han recurrido y recurren a las armas para buscar la conversión de los infieles y herejes”; allí está el iconoclasta.

Ballén considera que el pacifismo es la salida y que hay que eliminar los Ejércitos: “aún subsiste la inútil y nefasta subinstitución militar”, dice.

La legitimidad no se fundamenta en la bayoneta: “¿Por qué si las demás instituciones actúan y cumplen sus funciones sin recurrir a la fuerza física, tiene la institución política que acudir a las armas para lograr la legitimidad? ¿Por qué hay unos Estados que carecen de armas, de ejércitos y de guerras, y sin embargo cumplen con sus fines y funciones? Porque la guerra es algo artificial, innecesario e inventado, que no se halla en la naturaleza del hombre”.

Se interroga y con razón: ¿En Colombia habrá algo más artificial que el Plan Colombia? En este país de 44 millones de habitantes, de los cuales 27 millones son pobres, ¿habrá algo más artificial que la maquinación de un presidente y de todos sus ministros para encontrar las herramientas necesarias para sacarle del bolsillo a los colombianos 800 millones de dólares para incrementar la guerra? En este país ¿habrá algo más artificial que un grupo de artesanos utilizando su ingenio y sus manos en la construcción de un artefacto para dispararlo sobre la casa de Nariño? Este es un pugilato artificial, como todos los pugilatos de la guerra, solo que en Colombia el equilibrio es descomunadamente artificial, hasta el punto de que uno de los bandos tiene un retraso de 500 años en relación con la tecnología del otro. De un lado, el avión fantasma computarizado, con la sofisticación y la tecnología de la muerte de la última generación de guerra que bombardea cambuches de hule y hojas de plátano, y del otro, apenas un artefacto de fabricación casera que utilizando la pólvora como impulsor de un proyectil sin ninguna dirección, pretende derribar el búnker donde se concentra el poder”. Ya estudiaremos en este Diplomado el tema de las armas convencionales. La colocación de minas antipersonales, por ejemplo, está proscrita. Sus daños han sido incommensurables.

La esquizofrenia belicista también es necesario traerla: “Cuando una sociedad ha alcanzado una avanzada cultura de guerra, los pueblos viven su mayor calamidad. Todos los hombres y todas las mujeres tienen metida la guerra en la cabeza, y hasta se les puede leer la ansiedad bélica en el rostro; pierden el equilibrio mental y se genera una locura colectiva capaz de sacrificar las armas y las tropas. Todo un pueblo, una raza o una nación piensa y obra en función de la guerra: niños, ancianos, periodistas, comerciantes, curas, prostitutas, intelectuales, cada uno hace su oficio como lo exige la guerra, porque todos viven su esquizofrenia”. Recuerdo la pasmosa tranquilidad con la cual actuaban los genocidas del Cono Sur como Masera, Videla o Pinochet, que iban a misa, comulgaban y luego ordenaban la tortura o la desaparición forzada. Psicópatas.

Al respecto encontramos: “Esa conducta, ese comportamiento, esa psicología de guerra, en algunos guerreros linda con la locura, los hace sentir dueños de la tropa y de sus pueblos, y bajo la influencia de esta locura ellos escuchan los cantos de la victoria y llevan a toda una nación a cometer locuras. Es el caso de Hitler, quien el 1 de septiembre de 1939, al declarar la guerra a Polonia dijo, con el convencimiento de que sus palabras precipitarían la locura colectiva de todos los alemanes: “No pido al hombre alemán más

de lo que yo mismo estuve dispuesto a hacer durante los años de guerra (se refería a la I Guerra Mundial). A partir de ahora no soy más que el primer soldado del Reich. He vuelto a ponerme la guerrera tan sagrada y amada. Y no me la quitaré hasta conseguir la victoria o no sobreviviré al resultado. Y a partir de aquellas palabras el fuego quedó encendido, la locura se generalizó y la guerra fue una máquina de muerte, sin control”. Como se dice popularmente: las palabras matan!

“Esa psicología deguerra tiene tanta fuerza emocional, que conduce a que algunos hombres consideren que sólo sirven para ser guerreros, o soldados en preparación permanente para la guerra y a sentir cierto orgullo de llevar una vida diferente a la de los demás. Esa psicología deguerra hace que las conflagraciones ‘desaten pasiones sinigual. Los combatientes están dispuestos a lo máximo: a matar a morir. En esa atmósfera de odios exacerbados y ante el temor de la muerte, el razonamiento objetivo se desvía con facilidad’. Esa psicología de guerra motivó al general francés André Beaufre enseñar que “las operaciones han de ser llevadas con la preocupación constante de conseguir un efecto psicológico en el enemigo y en la población (...). Los combates deben ser útiles para el prestigio. Los fracasos han de ser ocultados o compensados con éxitos más importantes, destacándolos constantemente”. Y aquí juegan los mass media, donde las informaciones generalmente se inclinan hacia uno de los lados.

Sobre la personalidad del guerrero, nos recuerda la consideración de Clausewitz (que era el libro de cabecera de Tirofijo), el cual señala como “características del guerrero las siguientes: valor, determinación, presencia de ánimo, fuerza de voluntad y sed de honores y de fama. Para el general prusiano, la guerra implica un peligro, y, en consecuencia, el valor es, por sobre todas las cosas, la primera cualidad que debe caracterizar a un combatiente”.

Acerca de la etiología de la guerra señala tres factores principales: “En el mundo moderno tienen presencia tres causas materiales de la guerra: el expansionismo imperial, el fanatismo étnico-religioso y la injusticia social. El expansionismo imperial materializa sus propósitos en varias modalidades: la conquista, la guerra preventiva, la guerra comercial, la agresión, el enclave militar la simple expansión y la consolidación, protección y defensa de los intereses de sus compañías transnacionales. Esta es la realidad tangible, pero el expansionismo imperial esgrime múltiples pretextos, siendo los principales la adquisición o el incremento de los recursos de subsistencia, la seguridad nacional, el espacio vital, la acción humanitaria, y según Bush, la prevención de un ataque. A cual más, estas disculpas son groseras falacias que el expansionismo necesita blandir para legitimar su guerra, pues generalmente el país que más invade o interviene en un conflicto bélico es aquel que tiene más recursos materiales para alimentar su población, posee más arsenales para preservar la seguridad hipotéticamente violada y ostenta extensos territorios, más que suficientes para que vivan dignamente todos sus habitantes”. Efectivamente, la teoría de la guerra preventiva de Bush es sólo una vulgar expresión

del imperialismo norteamericano, para apoderarse de riquezas de otras naciones como ocurrió en Irak.

Dentro de las causas sociales está la pésima distribución de la riqueza como factor desencadenante de la guerra. "José Saramago, quien en un excelente artículo escribe sobre la injusticia globalizada lo siguiente: "si hubiese justicia, ni un solo ser humano más moriría de hambre o de tantas dolencias incurables para unos y no para otros. Si hubiese justicia, la existencia no sería para más de la mitad de la humanidad, la condenación terrible que objetivamente ha sido". Y añade que muchos movimientos de resistencia luchan sin tregua en todo el mundo para alcanzar una nueva justicia distributiva. "cada vez más fuerte, por todo el mundo, múltiples movimientos de resistencia y acción social pugnan por el establecimiento de una nueva justicia distributiva que todos los seres humanos pueden llegar a reconocer como intrínsecamente suya. Como fiel testimonio de la anterior interpretación, todos los movimientos armados que se iniciaron durante el siglo XX en América latina, desde México hasta Argentina, pasando por Colombia, Perú y Uruguay, tuvieron su origen, no en el "choque de civilizaciones" (a la manera de Huntington), sino en la injusticia social".

Resulta evidente que las denominadas guerras de resistencia popular, inclusive avaladas por la teología de la liberación de corte cristiano-emancipador, se enmarca en este postulado. Si los gobiernos fueran justos e implementaran políticas redistributivas de ingreso y riqueza no tendríamos el espectáculo desolador de millones de personas en la miseria, ni las tasas de delincuencia que responde a esta etiología. En el caso de América Latina no hay un conflicto con el Islam, entre otras cosas porque su presencia es minoritaria, y si bien pueden existir tensiones por el proceso de secularización con la tradicional Iglesia Católica (como la presencia de curas castrenses, por ejemplo) no es menos cierto que el nivel del conflicto es menor al que se percibe en otras latitudes, como Afganistán.

Sobre el tema de las armas, "hoy no se puede hablar de armas ofensivas y defensivas en sí, pues de acuerdo con el uso que se les dé, pueden tener el carácter de ofensivas o de defensivas. Por el contrario, hoy se habla de armas ligeras y pesadas, de armas convencionales y nucleares, de estratégicas y tácticas, de permitidas y prohibidas, de armas clásicas y tecnológicas, de químicas y bacteriológicas", todas letales. Es la tecnología de la muerte, como bien la denominan.

Tecnología que se manifiesta por ejemplo en la bomba de neutrones, "constituida a partir de hidrógeno, en la cual los componentes están dispuestos de modo que la penetración de la radiación es mayor que la derivada de una explosión nuclear común. El uso de esta poderosa bomba permite concluir que la integridad física de las cosas tiene más valor que la vida misma del hombre, pues con este artefacto se pueden atacar grandes centros industriales o ciudades, matando a sus pobladores pero dejando intactos

los edificios y las máquinas; es decir, se destruye la materia orgánica, respetando la materia inorgánica de la superficie impactada. Los primeros experimentos de la bomba de neutrones se realizaron en 1957, en Estados Unidos, y concluyeron en 1977, cuando se realizaron las primeras pruebas”.

Sobre armas químicas y biológicas nos enseña que “el producto químico más peligroso es el que se conoce en Estados Unidos con el nombre de GB. Se trata de un gas nervioso, inodoro e invisible, fácil de diseminar. Puede empujarse o enviarse en proyectiles de corto, mediano y largo alcance, y esparcirse sobre zonas muy amplias o usarse en sitios limitados con pulverizadores. Su efecto es general y casi instantáneo: en forma gaseosa, es letal en segundos, en líquido, una gota del tamaño de la punta de un lápiz sobre la piel penetra los tejidos exteriores y mata a un hombre entre 10 y 15 minutos. Una modalidad de arma química es la denominada bomba de napalm, que la aviación estadounidense utilizó profusamente en las guerras de Corea y Vietnam. El artefacto está dotado de una mezcla inflamable a base de gasolina y jabones de aluminio, la cual convierte el combustible en una gelatina llamada napalm, de efectos tremendamente destructores.

El libro hace una minuciosa explicación de la guerra en toda la historia de la humanidad, en especial referida a los imperios. Relata cómo “la gran guerra, que finalizó con el tratado de Versalles el 28 de junio de 1919, consumió 13.000.000 de vidas humanas y 232.053 millones de dólares, paralizó la producción y aumentó el desempleo. Entre las armas utilizadas cabe mencionar los gases nerviosos, empleados sin límite por Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos en los últimos meses de la conflagración”.

La crítica a la Guerra de Vietnam es demoledora: “La guerra dejó más de 7 millones de vietnamitas muertos o heridos, y el ejército norteamericano tuvo 46.000 muertos y más de 300.000 heridos. ¿Cuáles fueron los resultados positivos de esta guerra? Se dirá que la implantación de un régimen socialista en todo el territorio del Vietnam. Y bien: si eso era lo que se buscaba, ¿no habría resultado menos traumático para los vietnamitas y para el mismo pueblo norteamericano que la transición a un nuevo sistema se hubiese hecho sin balas y sin bombas, sólo utilizando la dialéctica y el libre examen? Los dos pueblos en choque y el mundo en general habrían preservado 7 millones y medio de hombres sanos y productivos y se habrían ahorrado miles de millones de dólares”.

La década de los 80 también fue cruda, pues en la guerra entre Irak e Irán, a causa de problemas fronterizos, políticos y religiosos, arrojó un saldo de 700.000 muertos.

Ya en la invasión norteamericana a Irak nos enseña que “hubo centenares de civiles masacrados en Bagdad por el bombardeo norteamericano, unos cien mil soldados muertos y otros 300.000 heridos, hasta donde llegó la información, pues se decretó la censura por parte de Washington y se prohibió que los periodistas accedieran a las fuentes de combate... Aparte de los muertos y heridos de Irak, ya enunciados, hay un dato

desgarrador para toda la humanidad: con un solo día del gasto militar en la guerra del Golfo, o sea unos mil millones de dólares, se habría podido realizar un programa mundial de vacunación infantil contra enfermedades erradicables... De acuerdo con investigadores británicos, la invasión a Irak ha causado del 2003 a diciembre de 2008 1.200.000 muertos. El premio nobel de economía Joseph Stiglitz y Linda Bilmes en septiembre de 2008 publicaron su obra la guerra de los tres billones de dólares, en la que nos suministran unas cifras escalofriantes en relación con el costo del conflicto en Irak: 4.000 soldados estadounidenses muertos, y más de 58.000 heridos, lesionados o enfermos graves. 'Cien mil militares estadounidenses han vuelto de la guerra padeciendo trastornos mentales graves de los cuales una parte significativa se convertirá en afecciones crónicas'. (La guerra costó tres billones de dólares hasta el 2008). En relación con el costo en dinero, los investigadores del conflicto lo calculan entre 1,7 y 2,7 billones de dólares, además de otras cargas para la sociedad estadounidense, que estiman entre 300.000 y 400.000 millones de dólares. Los tres billones de dólares exceden los costos de los 12 años de guerra en Vietnam y representan más del doble del costo de la Guerra de Corea". Estados Unidos tienen bases militares en 30 países y 200.000 soldados distribuidos por todo el mundo. Fue curioso conversar recientemente en esta ciudad con motivo del homenaje al natalicio de José Martí con la delegación de la Embajada de Cuba, quienes manifestaron que son 6 diplomáticos, frente a dos mil de la Embajada de los Estados Unidos que hacen presencia en Colombia.

El tono crítico del ensayo se evidencia cuando ataca las realidades geoestratégicas: "ninguno de los imperios que precedieron al poder hegemónico de Estados Unidos tuvo tantas y tan eficaces herramientas para avasallar, hostigar, humillar y aplastar los pueblos del mundo. La CIA, el FBI, la DEA, el FMI, el BM, la OMC, la OTAN, la OEA, la tecnología armamentista y de telecomunicaciones se halan a su servicio".

Surge el imperativo de la paz. "Una de las herramientas para lograr la paz es la abolición de la injusticia social menos pobreza, menos hambre, menos enfermedades, y más alimentos, salud y educación para todos los pueblos".

Hay una ligazón estrecha entre la exclusión del establecimiento de amplias capas sociales y la subversión: "mientras las diferencias sociales, políticas y religiosas no se tramiten mediante negociación bilateral o mediante procesos electorales con rigurosa igualdad de espacios en los medios de comunicación o cuando los líderes disidentes sean asesinados por bandas oficiales o paramilitares, como ocurrió en Colombia con la Unión patriótica, el sistema político gobernante estará legitimando la subversión armada".

En Colombia se esperaba que con la Constituyente de 1991 llegara la paz. Sin embargo, hay que decir que el Gobierno de Gaviria en ese entonces cometió un error inexcusable de cálculo político-militar. "La parte negativa del proceso de paz de Gaviria la produjo el ataque militar, el mismo día de las elecciones de la Asamblea Constituyente, 9 de

diciembre de 1990, a las 7 de la mañana, al cuartel general de las FARC, o “Casa verde” en la Uribe. En efecto, en esa fecha y hora, 44 aeronaves de guerra (aviones y helicópteros) bombardearon el lugar donde el secretariado de las FARC había recibido desde 1982 a muchos voceros del gobierno y de la empresa privada. Ese operativo militar, en el que no cayó ni un solo miembro de las FARC, desencadenó una ofensiva por parte de la CGSB, cuya primera fase terminó el 5 de febrero de 1991, fecha en la cual comenzó sus deliberaciones la Asamblea Nacional Constituyente. Ese día la guerrilla golpeó el estado en 50 sitios de su territorio, con un saldo de 35 muertos.

El malhadado y vituperado proceso del Caguán generó todo tipo de reacciones y la opinión pública es vacilante y gira del extremo de los acuerdos (10 millones de votos por el Mandato por la paz) a la línea de confrontación bélica encarnada en Uribe y sus amigos (muchos de ellos procesados y condenados). No hay zonas grises ni términos medios, o se es o no se es. Es la polarización total. Vemos que Santos trata un poco ahora con Angelino de “pastranizarse” frente a las FARC. La “estocada final, como la denomina Pastrana en sus memorias ‘La palabra bajo el fuego’, determinó que Marulanda aceptara pasar de la etapa del diálogo a la de negociación. La agenda consistía en 12 puntos que sintetizaban los temas siguientes: solución política al conflicto, protección de los derechos humanos como responsabilidad del estado, política agraria integral, explotación y conservación de los recursos naturales, estructura económica o social, reforma a la justicia, lucha contra la corrupción y el narcotráfico, reforma política para la ampliación de la democracia, reforma del estado, acuerdos sobre el DIH, fuerzas militares, relaciones internacionales y formalización de los acuerdos”.

Acerca de la internacionalización del conflicto armado colombiano y en especial de la intervención norteamericana, interesada en proveerse de nuestras riquezas naturales, se observa: “La modalidad de intervención que se adelanta en Colombia no es nueva en la región, como tampoco lo es en el resto del mundo. Es necesario observar dos épocas articuladas entre sí: los años sesenta y los años ochenta. En febrero de 1962 llegó a Colombia el General estadounidense William Yarborough a la cabeza de un ‘equipo de sondeo’ que evaluaría la supuesta insurgencia armada y haría las respectivas recomendaciones. Aunque el equipo fue informado por los servicios de inteligencia de nuestro país de que ‘unos 8.000 comunistas eran unos tontos ineptos y no representaban una amenaza real para el gobierno’. Yarborough regresó a Washington con la recomendación de asignar cinco destacamentos de las Fuerzas Especiales, de 12 hombres cada uno, para dirigir las brigadas colombianas de contraguerrilla, así como especialistas en sicología de guerra. Entonces se organizó en el país el padre de la actual ‘seguridad democrática’ y del Plan patriota: el Plan Laso (sigla de su nombre en inglés, Latin American Security Organization). Consistía en equipos de cazadores-asesinos de “bandoleros-comunistas”, según el modelo de guerra de baja intensidad estrenado hacía poco en Vietnam. El estadounidense a quien he seguido en esta lectura estima que entre 20.000 y 40.000 civiles fueron eliminados por los cazadores asesinos que recibieron

formación de los expertos de EEUU en el marco del Plan Laso”.

Y sobre la relación entre los planes, es precisa la argumentación: “Cualquiera que haya observado el desarrollo del Plan Patriota, en el contexto de la llamada “seguridad democrática”, podrá darse cuenta de que entre este plan del presidente Uribe y el Plan Laso NO HAY NINGUNA DIFERENCIA. Sólo que ahora todo es más intenso y con la más alta tecnología, y no se construyen escuelas ni carreteras; por el contrario, se bombardea la escasa infraestructura que la guerrilla surgida como consecuencia del Plan Laso ha construido durante 40 años. Y aparte de toda la psicología de guerra que clandestinamente se usa, abiertamente el presidente Uribe tiene sus frases de batalla que inciden en la inteligencia de los hombres de la guerrilla, y en este sentido dice simulando rabia: ‘que se dividan las FARC’”.

El papel del establecimiento norteamericano en la Guerra Fría y después ha sido el mismo: la intervención. “Del Plan Laso se pasó al Plan Andes (1968), luego al manual Provisional para el Planeamiento de la Seguridad nacional (1974). ¿En qué consistía el Plan o la Doctrina de la seguridad nacional? Era la estrategia de la contención; se trataba de frenar la expansión de la Unión Soviética. Pero en Latinoamérica se hacía mediante el cumplimiento de un papel subalterno por parte de los ejércitos locales: “Washington no asignaba a las fuerzas armadas de la región un papel fundamental en el combate contra la URSS. En cambio, impuso la ‘Doctrina de la Seguridad Nacional’ para combatir al ‘enemigo interno’: “el comunismo local”. Luego de este plan, se impuso la Estrategia Nacional contra la Violencia (1991), y de ahí se pasó al Plan Colombia (1998). Este rótulo lo cambió el Presidente Uribe por el Plan Patriota, bajo la dirección de la Seguridad Democrática”.

“Luego viene la intervención política y militar de EEUU mediante armamento, asesoría, entrenamiento e infraestructura de inteligencia. Son los mismos métodos de la llamada Doctrina de la Seguridad Nacional, que como ya se dijo, no es para organizar la defensa contra enemigos externos que pretendan cruzar las líneas fronterizas, sino para aniquilar al “enemigo interno”, es decir, la protesta popular y la insurgencia.

“El Plan Colombia-Plan patriota se ha desarrollado hasta ahora en tres fases y ha entrado en una cuarta: fase uno, ambientación psicológica; fase dos, el pretexto de la droga; fase tres, el destape contrainsurgente, y fase cuatro, la expansión en la región. El proceso de ambientación psicológica –para preparar a la opinión pública nacional e internacional- comenzó en los años 80, cuando Lewis Tambs, Embajador de EEUU en Colombia, declaró que la insurgencia colombiana no era más que una simple ‘narcoguerrilla’. La consigna se echó a rodar por todo el mundo, y en 1999 “Colombia se convirtió en el principal receptor de ayuda militar y política estadounidense, sustituyendo a Turquía (...). Colombia recibe más ayuda militar de Estados Unidos que toda América latina y el Caribe juntos. El total de ayuda para la guerra en 1999 llegó a unos 300

millones de dólares, a los que deben sumarse 60 millones en ventas de armamento, lo que supone aproximadamente el triple del importe de 1998”.

“En la segunda etapa, el pretexto del Plan Colombia es acabar con los cultivos de coca y de amapola, porque “atentan contra la seguridad nacional de EEUU”, pero el propósito real es intervenir directamente para darle una salida militar al conflicto social y armado que vive Colombia desde hace medio siglo (el más antiguo del mundo contemporáneo!). Esta impresión no la tienen únicamente los sectores pacifistas de Colombia sino también el filósofo social norteamericano Noam Chomsky, para quien a Estados Unidos no le preocupa el tráfico de las drogas, porque de hecho buena parte de su población es adicta a otras sustancias, más peligrosas que la cocaína, como el tabaco y el alcohol. Según Chomsky, en EEUU hay casi medio millón de muertos al año como consecuencia del tabaco y, sin embargo, el problema “no se manejó fumigando los cultivos de tabaco de Carolina del Norte, ni se resolvió enviando escuadrones paramilitares a asesinar líderes sindicales. Se manejó con programas educativos y de tratamiento”. Para el pensador Estadounidense, el Plan Colombia “es un programa de contrainsurgencia (...) Es una forma de ejercer control social”.

Pese a que Clinton en principio vendió el Plan Colombia como salvífico, después se conocieron sus verdaderas intenciones. “Después de tres años de pretextos insostenibles, el Gobierno de EEUU hace el destape de lo que todo el mundo conocía: el Plan Colombia es para perseguir y liquidar la insurgencia. En efecto, el viernes 2 de agosto de 2002, el presidente Bush firmó la ley que autoriza al gobierno colombiano a destinar todo el material de guerra adquirido con los 2.085 millones de dólares recibidos por Colombia entre 1999 y 2002 a combatir la guerrilla. Se trata de 79 helicópteros, 150 lanchas artilladas, instalación de ametralladoras GAU19A y sistemas de radar con fuentes de calor para detectar guerrilleros y caletas, compra de aviones y avionetas, y equipamiento de una nueva brigada contrainsurgente de 3.000 hombres”.

Ballén denuncia la pérdida de la soberanía en el manejo de sus asuntos internos. Recordemos el penoso incidente de las 7 bases norteamericanas que por fortuna se cayó en las altas cortes. “A pesar de que el Plan Colombia-Plan patriota es la continuación de la política externa de Estados Unidos, entre este Plan y todos los anteriores, desde el Plan Laso, existe un avance cualitativo y cuantitativo. Lo primero que se debe tener en cuenta es que el denominado Plan Colombia -que Uribe llama Patriota, quizá porque asume que su patria es el imperio- no se diseñó por las autoridades colombianas sino por el Ejecutivo y el Congreso de Estados Unidos. El Congreso de Colombia no intervino para nada, no dijo una sola palabra antes que se tomaran las decisiones en Washington y, como se recordará, cuando de él se habló por vez primera en nuestro país el documento que contiene ese plan estaba escrito en inglés. En segundo lugar, el Plan Colombia-Plan Patriota no es sólo un diseño militar; es además todo un plan de desarrollo, con un capítulo para todas y cada una de las actividades oficiales que deben cumplir las autoridades

colombianas, desde la justicia hasta la conservación de los bosques". Lo que indica que nos legislaron desde Washington y tardíamente nos enteramos. Es un caso abusivo y aberrante de intervencionismo a ciencia y paciencia del gobierno nacional.

La seguridad democrática uribista es una máscara de la doctrina de la seguridad nacional. Es muy distinto a la seguridad humana integral, que es la cristalización de políticas públicas que defiendan cabalmente los Derechos Humanos entre la población. Por ello es tan peligroso el proyecto de Acto Legislativo de equilibrio fiscal que cursa en las Cámaras, impulsado por el Santismo, en la medida que golpea las decisiones de la Corte Constitucional en materia del manejo de recursos para los desplazados y sectores marginados en nuestro país.

"La seguridad democrática no es más que una estrategia de guerra integral y total que no solo se dirige contra la insurgencia armada sino también contra los sectores sociales, intelectuales, docentes y de la comunicación que disientan de las políticas del Gobierno. ¿Quién duda de que la seguridad democrática del presidente Uribe sea una continuación de la llamada Seguridad Nacional diseñada conjuntamente por el Pentágono y la CIA, y con el adiestramiento de sus ejecutores en la Escuela de las Américas? ¿Quién duda que la seguridad democrática y el Plan Patriota sean la continuación del Plan Laso estrenado en 1964 con la Operación Marquetalia? Los métodos son los mismos, las tácticas las mismas, las estrategias las mismas. Sólo que ahora la tropa estadounidense con presencia en Colombia es superior, el armamento de guerra más técnico, y el apoyo en dólares a raudales".

El engendro del establecimiento más lacerante se denominan los grupos paramilitares.

"El más inhumano y perjudicial es el aparato que el establecimiento creó para enfrentar la subversión: los grupos paramilitares. El mal es de tal naturaleza y envergadura que por sí mismo engendra sus propios males: masacres y destierros de campesinos, apoderamiento de las mejores tierras, desapariciones de personas, eliminación de líderes políticos, sindicales, comunitarios e indígenas, asesinato de intelectuales e investigadores, toma de los gobiernos locales y departamentales, infiltración de organismos oficiales, corrupción, crisis general e ilegitimidad del Estado".

Se denominan paramilitares por el apoyo directo o indirecto de sectores de la fuerza pública. "De acuerdo con las fuentes consultadas, mercenarios israelíes, ingleses y australianos les impartieron instrucciones a los paramilitares al finalizar la década de los ochenta del siglo pasado. Los testimonios del mayor Oscar Echandía Sánchez y del Capitán Luis Antonio Meneses Báez confirman las imágenes que muchos colombianos vimos en la televisión: las instrucciones de los mercenarios a los escuadrones paramilitares. Según el testigo Echandía, fue el capitán Luis Meneses quien contactó en Panamá al mercenario israelí Teddy Melnick y, por medio de él, a Yair Klein Y Abraham Tzedaka,

pero antes Acdegam ya había hecho contactos con mercenarios británicos por intermedio del capitán Luis Guillermo Tarazona. Echandía dice que en marzo de 1989 asistió a un curso con Klein en Puerto Boyacá, cuyo costo fue cancelado por Pablo Escobar, Gonzalo Rodríguez Gacha, Henry Pérez y Ramiro Guzmán. El mismo testigo dice: “Siempre que personas extranjeras visitaban a Puerto Boyacá, especialmente mercenarios, éstos llegaban escoltados por agentes del F2 o personal civil del Ejército”.

“Carlos Castaño dice en ‘Mi Confesión’ que cuando cumplió 18 años, en 1983, estuvo estudiando en Israel; que el curso de manejo de armamento y sicología de operaciones duró un año, distribuido en 3 meses de instrucción y uno de descanso, el cual aprovechaba para venir a Colombia. Respecto de sus vínculos con militares colombianos en Israel, Castaño dice: “Tuve la oportunidad de conocer militares de nuestro país, los hombres del Batallón Colombia, en el desierto del Sinaí. No conocí el Batallón, pero en mis días de descanso nos encontrábamos en sitios que usualmente frecuentaban: compartía con amigos oficiales y sargentos”. Por su parte, el General Rito Alejo del Río le dijo a la Fiscalía en versión libre: “En 1983 llegué al país procedente del batallón Colombia destacado en el Sinaí, donde me desempeñé como oficial de operaciones en la Fuerza Multinacional de Paz, era Mayor”. Después de estas dos confesiones, es pertinente preguntar: ¿Cómo hacía Castaño para entrar y salir del país sin la protección de las autoridades? ¿Se encontró Castaño con el General del Río en Israel? ¿Qué planearon Castaño y sus amigos oficiales y sargentos?” Buenos interrogantes. Por lo pronto, a Castaño dicen que lo mató su hermano (cainismo) y Rito Alejo está preso.

El análisis de los paras conduce a que es un proyecto político-militar. “Siguiendo la trayectoria de los grupos paramilitares en Colombia se hallan las raíces de un propósito político de largo alcance: crear en nuestro país un nuevo partido nazi. En 1989 las bandas paramilitares crearon el partido político denominado Movimiento de Renovación Nacional (Morena) y pidieron su inscripción ante el Consejo Nacional Electoral.”

“En relación con la eliminación de campesinos, periodistas, intelectuales y políticos disidentes, el mismo documento instruye a los grupos paramilitares, así. ‘Insistimos en que nuestra misión no es el enfrentamiento con la guerrilla: sería además mortal. Pero hay que barrer con su apoyo, sus redes, sus alcahuetes, sus políticos, todos los que la justifiquen’. En otro párrafo enseña parte de lo que Colombia ha conocido durante los últimos 5 años: “la presión sostenida –dice el documento–, por brutal que parezca, debe encaminarse a crear opinión favorable por el reconocimiento, y este trabajo lo realizan con eficacia los grandes políticos y los grandes medios proclives que sean capaces de influenciar nuestros asesores. Este caso siempre define una guerra: las armas y la financiación están aseguradas, cada vez ofrecen más”.

“El salto político para cumplir parte de los objetivos formulados en el documento, lo dieron los paramilitares en 2002 y en 2006 lo consolidaron. En la elección de legisladores

(marzo de 2002), las masas campesinas y desempleadas concurren a las urnas bajo la presión de la publicidad, los medios de comunicación, y los terratenientes y narcotraficantes (léase paramilitares), quienes, según su vocero Salvatore Mancuso, eligieron el 35% del Congreso. ¿Ayudaron esos terratenientes y narcotraficantes, que pusieron tan alto porcentaje de congresistas, en la elección de Alvaro Uribe como Presidente de Colombia? Nadie se atreve a responder esta pregunta. El presidente Uribe ni lo desmiente ni lo confirma. Sin embargo, todo lo sucedido durante los últimos años parece confirmarlo.”

“Más contundentes que las declaraciones de Petro y Piedad Córdoba fueron las del Jefe paramilitar Salvatore Mancuso, quien dijo sobre la reelección de Uribe: ‘Cuando existe un buen mandatario, que ha ejecutado bien su función, aunque cojea en lo social todavía, debe tener posibilidad de que pueda ser reelegido y el país debe crear las condiciones para que eso suceda. En eso se ha avanzado, y yo particularmente estoy de acuerdo con eso y todas las autodefensas estamos de acuerdo’. Y un grupo paramilitar que se autodenominaba “Comando Universitario de las AUC”, en un panfleto divulgado por el Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo, fue más explícito aún: “La desmovilización de algunos bloques es un gran paso político que se sustenta en la buena voluntad y bondad de nuestro presidente Dr. Alvaro Uribe”.

El tema ha rebasado las fronteras patrias. La periodista Isabel Hilton escribió en el periódico *The Guardian* de Londres: “Lejos de dismantelar el terror proveniente de sectores de derecha y el narcotráfico, Uribe ha protegido la alianza del Estado con la extrema derecha a tal punto que algunos observadores hablan de una toma de control del estado por parte del terrorismo perpetrado por las AUC, el brazo armado de una alianza de grandes propietarios de tierras y empresas y narcotraficantes”.

Se presenta una fuerte crítica a la denominada Ley de Justicia y Paz de reinserción de 34.000 paras, y que es básicamente de impunidad, al no respetar los estándares mínimos internacionales. “A pesar de las voces de protesta en el orden nacional y el escepticismo de la comunidad internacional, bajo este Gobierno del presidente Uribe se impuso la ley de los paramilitares, pues necesitaba legalizar esas fuerzas para consolidar su proyecto político y su reelección... A pesar de las denuncias y la aceptación del gobierno de la época, el estado jamás ha realizado una ofensiva contra las AUC. O si no que algún General de la República u otro vocero oficial diga cuándo las fuerzas militares organizaron un operativo contra campamentos paramilitares, tal como lo han hecho contra la insurgencia durante 40 años”. Estamos esperando la respuesta a esta pregunta del Dr. Ballén.

Es vergonzosa la cooptación del poder público: “Los paramilitares están apalancados en las ramas y en los órganos del poder público: Congreso, Fiscalía, Gobernaciones, alcaldías, universidades, dependencias de salud, y las propias entrañas del Ejecutivo. En efecto, a mediados de 2008 se supo que desde finales del año anterior, Antonio

López alias Job y el abogado Diego Alvarez, quienes eran hombres de confianza de Don Berna, habían logrado infiltrar la Corte Suprema de Justicia y la Casa de Nariño. A las dependencias de la Casa presidencial les ofrecieron pruebas de que el Magistrado Iván Velásquez pretendía encontrar testigos contra el presidente Uribe, al mismo tiempo que a la Corte le prometieron información de la parapolítica en Antioquia, Cundinamarca y Santander. Así es como los voceros de los paramilitares se reunieron en la Casa de Nariño, en tres ocasiones, con Edmundo del Castillo, secretario jurídico de la presidencia, y César Mauricio Velásquez (alias El Cura, por su militancia activa en el Opus Dei), jefe de prensa de Palacio.

La afectación de procesos civiles se vio en todo el país: “Ocho meses después de la desmovilización del Bloque Nutibara, el periódico Desde Abajo (de los pocos independientes y objetivos que hay en el país, junto con Le Monde Diplomatique) presentó un informe que recoge testimonios de ciudadanos, religiosos, altos funcionarios y líderes comunales, que denunciaban cómo la influencia paramilitar se ha acrecentado en Medellín, en todos los sectores de la sociedad. Haciendo referencia a la elección de las nuevas juntas de acción comunal, uno de los paramilitares ‘desmovilizados’ dijo: “No tenemos estadísticas, pero le puedo decir que así como sacamos el 90% en una localidad o el 30% en otra, también en algunas nos barrieron’... No podemos perder la base social que construimos y que es la que blinda este proceso”. El tema es de la mayor complejidad, dado que la acción comunal es la organización de mayor presencia de la sociedad civil organizada en todo el territorio nacional: 50.000 juntas y 5 millones de afiliados.

¿Cuántos paras ha habido en el Congreso? “Colombia y buena parte del mundo sabe que el 35% del Congreso elegido en marzo de 2002 tuvo el respaldo de los paramilitares, porque así lo afirmó en ese momento su vocero Salvatore Mancuso. Sin embargo, Vicente Castaño le dijo a la revista Semana: “Creo que podemos afirmar que tenemos más del 35% de amigos en el Congreso. Y para las próximas elecciones vamos a aumentar ese porcentaje de amigos”.

“Subirá el 35% de amigos de las AUC en el Congreso”, fue el título de la página de opinión de El Tiempo del domingo 11 de septiembre de 2005 que dirige Yamid Amat. En ese reportaje la representante a la Cámara Eleonora Pineda (famosa peluquera de Tierralta que se jactaba de haber derrotado a Petro por 80.000 votos) y Rocío Arias dijeron: Mancuso y Vicente Castaño hablaron de que tenían un 35% de amigos en el Congreso, pero nosotras pensamos que es más”. Las representantes se quejaron de que el día en que Juan Manuel Santos conformó “el movimiento uribista nos causó gran dolor y sorpresa. Dolor porque nos vetó y sorpresa porque incluyó a Zulema Jattin. Celebramos eso; lo que no celebramos es la falta de lealtad porque no fue solidaria con nosotras. Ella lleva también un desmovilizado en su lista”. La legisladora Pineda agregó en ese reportaje: “Yo veo a Mancuso en un Ministerio; hay que reconocerle a Ernesto

Báez, Jorge 40, Adolfo Paz y a otros comandantes, que son inteligentes y capaces"...Aunque las cifras ya están superadas de forma holgada, para la fecha de la investigación (2008) "ya eran 86 legisladores los que habían sido judicializados, desagregados así: 50 congresistas en investigación preliminar, 14 condenados, 11 llamados a juicio y 11 absueltos. También se hallan detenidos, por sus vínculos con los paramilitares, 3 gobernadores, y el hombre de mayor confianza del presidente Uribe, Jorge Noguera ("un buen muchacho") director general del DAS".

Un escenario escalofriante es la escuela de las Américas. "Como para cumplir con las distintas fases de tortura, masacres y desapariciones era indispensable tener un equipo humano suficientemente capacitado, con el diseño de los primeros planes de seguridad nacional fue creada la Escuela de las Américas (SOA, siglas por su nombre en inglés) en Panamá en 1946, y luego trasladada a Fort Benning (Georgia) en 1984. La Escuela ha sido tan siniestra que Jorge Ilueca, presidente de Panamá, describió a la SOA como 'la base más grande para la desestabilización de América latina', y uno de los principales diarios panameños la denominó "Escuela de Asesinos". Por desgracia, los hechos se encargan de darles la razón a sus críticos, pues cientos de miles de latinoamericanos han sido torturados, asesinados, violados, desaparecidos, masacrados o desterrados por soldados y oficiales entrenados en la Escuela. Los segmentos de la población más perseguidos por la SOA, son los educadores, los dirigentes sindicales, los religiosos progresistas (como el padre Javier Giraldo), los líderes estudiantiles y campesinos..."

"En sus sesenta años, la Escuela ha entrenado a más de 65.000 miembros de las fuerzas armadas latinoamericanas en técnicas de combate, tácticas de comando, inteligencia militar y procedimientos de tortura. Los graduados en la SOA dejan un largo camino de sufrimiento y sangre en sus países de origen. En la actualidad, la escuela de las Américas entrena hasta mil soldados cada año. Es tal el repudio que la propia opinión pública estadounidense tiene por la Escuela, que The New York Times dijo un día: 'Una institución tan claramente por fuera de los valores americanos debe ser cerrada sin vacilación'".

"Los egresados de la Escuela de las Américas de Colombia han participado, entre otros, en los siguientes hechos: masacre de 19 comerciantes en 1987, masacre de 20 trabajadores bananeros en Urabá (1988), asesinato del Intendente de Sabana de Torres (Santander), asesinato de 43 personas en Segovia (1988), masacre de 107 personas en Trujillo (Valle) entre 1988 y 1991 y masacre de Río Frío (1993). De acuerdo con los documentos consultados, en Trujillo participaron tres egresados de la Escuela de Las Américas; en Segovia nueve y en Urabá 8 exalumnos".

"El informe del Departamento de Estado de 1998 dice que esa agencia Estadounidense solicitó al gobierno colombiano el cierre de la XX Brigada Militar, por cuanto el personal adscrito a la misma había participado constantemente en la comisión de masacres y

desapariciones. El informe agrega que el comandante de esa Brigada era graduado en la Escuela de las Américas”.

La sociedad civil se ha opuesto al funcionamiento de este centro de formación para la muerte y el exterminio, pese a que le cambiaron el nombre: Instituto de Cooperación para la Seguridad del Hemisferio. “Como el cambio de rótulo no logró borrar sus crímenes ni sus métodos de tortura, cada año miles de activistas estadounidenses se congregan en las afueras del Fuerte Benning, en Georgia, sede del Instituto, para pedir su cierre definitivo. El día escogido para las protestas, que en ocasiones reúne hasta 10.000 activistas de DDHH que provienen de distintas ciudades de EEUU y de otros países, es el 16 de noviembre. Con estas manifestaciones, que se realizan desde 1989, se conmemora la muerte de cuatro sacerdotes jesuitas, su empleada y la hija de esta, asesinados en el Salvador el 16 de noviembre de ese año por ex alumnos de la Escuela de las Américas”. Debemos todos unirnos y presionar el cierre de semejante antro.

LOS MALES DE LA GUERRA

La guerra no trae bienes sino males. “Platón denominaba genéricamente “males de la guerra” a todas aquellas desgracias ocurridas como consecuencia de enfrentamientos armados internos o choques entre dos o más Estados. El pensador ateniense incluía las venganzas, los odios, las enemistades, las traiciones, los exilios, las matanzas, los incendios, los castigos a los vencidos y, en general, el asolamiento de los campos”.

Desgraciadamente la real politik nos demuestra que la guerra es un instrumento de la política. “Leída de manera aislada, la máxima del barón KARL VON CLAUSEWITZ “La guerra es una mera continuación de la política por otros medios, tiene un alcance literal reducido: se puede desarrollar la institución política por varios caminos, uno de los cuales es la guerra. Sin embargo, examinada la misma frase en forma integral dentro del conjunto de toda la obra del general prusiano y en el contexto de los actuales conflictos internos e internacionales, el sentido es más perentorio: la guerra es, hasta hoy, el único instrumento con que cuenta la institución política para lograr la legitimación que no ha alcanzado por medios civilizados y pacíficos. En efecto, la sociedad evoluciona y marcha gracias a seis instituciones básicas y a muchas subinstituciones. Estas seis instituciones fundamentales son: la familiar, la educativa, la económica, la política, la religiosa y la recreativa”. Creo que aquí se puede confundir legalidad con legitimidad, que son dos conceptos muy distintos. Guinea Ecuatorial, por ejemplo, tiene legalidad, pero no tiene legitimidad, dentro de la concepción weberiana del reconocimiento popular. Es el caso de Egipto. Otra cosa es la pacificación. No es gratuito que a Rito Alejo lo llamara el pacificador de Urabá y que Uribe les hiciera un homenaje de desagravio en el Hotel Tequendama en compañía del General Uscátegui, condenado por la masacre de Mapiripán.

Sobre la guerra y las necesidades no atendidas por el estado señalan: “¿Por qué el

estado no ha podido satisfacer las múltiples necesidades de la sociedad? Porque el estado no es más que por las personas físicas o naturales que actúan detrás de él, con todos sus vicios, pasiones e intereses; y entonces el ejercicio del poder se ha convertido en una lucha encarnizada de intereses, hasta el punto de que la institución política se asemeja al combate que se realiza en el campo comercial, y en esa lucha de intereses también ha caído la guerra. Este es el punto de vista expresado por Von Clausewitz en el siguiente párrafo de gran profundidad sociológica, que sitúa a la guerra como un producto de la cultura de una determinada sociedad: "Afirmamos, en consecuencia, que la guerra no pertenece al terreno de las artes o de las ciencias, sino al de la vida social. Es un conflicto de grandes intereses, resuelto mediante derramamiento de sangre, y solamente en esto se diferencia de otros conflictos. Sería mejor si, en vez de equiparlo a cualquier otro arte, lo comparamos con el comercio, que es también un conflicto de intereses y de actividades humanas; y se parece mucho más a la política, la cual, a su vez, puede ser considerada como una especie de comercio a gran escala"... "Tal como son las guerras –dice Von Clausewitz– en realidad solo constituyen,. Como hemos dicho antes, manifestaciones de la política misma. La subordinación del punto de vista político al militar sería irrazonable, porque la política ha creado la guerra; la política es la facultad inteligente, la guerra es solo el instrumento, y no a la inversa. La subordinación del punto de vista militar al político es, en consecuencia, lo único posible". Por ello vemos cómo en una democracia genuina jamás se escucharán ruidos de sable, ni cotos vedados de la institucionalidad, ni muchos menos cuentas reservadas para el pago de manos cortadas de guerrilleros traicionados por sus escoltas.

Uno de los peores males de la guerra es el sufrimiento. "El soldado que parte para la guerra tiene el convencimiento de que va a matar a otros hombres como él, pero lo acompaña la incertidumbre. No sabe si va a volver o si va a quedar en el campo de batalla, y en caso de que regrese, si el retorno será en la plenitud de su salud o, por el contrario, presente alguna discapacidad (ciego, mutilado). Una vez desembarcado en la guerra, no le resulta fácil asimilar su entorno físico y climático: los ardientes rayos del sol tropical, las frías lluvias de la cordillera andina, los fangales cenagosos de Vietnam o las heladas cumbres de Afganistán, el hecho de tener que dormir bajo torrenciales aguaceros, con los cascos y mochilas por almohadas. Y ya, dentro de este teatro, está el sufrimiento de los soldados que se ven enfrentados a matar o a morir. Y morir de cualquier manera, como se muere en la guerra: de un tiro de ametralladora, de malaria, ahogado en un río, desnucado en un precipicio, en medio del estallido de una mina antipersonal, por una granada, por un proyectil de mortero o por la explosión de una bomba y quizá con el agravante de que ni siquiera se puedan recoger los restos mortales porque quedaron desperdigados en medio de la selva".

Es la soberbia de los jefes –los denominados señores de la guerra– muchas veces la que desencadena la guerra y la población sufre las consecuencias. Los traficantes de armas también están vivamente interesados en la confrontación. "El sufrimiento de la población

civil se hace intolerable cuando miles de hombres son torturados y asesinados en el marco de una guerra que no es la suya, sino que obedece a la simple soberbia del guerrero: porque Alejandro Magno quiere su exaltación personal, porque Napoleón quiere ser el emperador de todo el continente Europeo, porque Hitler desea la expansión de Alemania o porque Nixon quiere demostrar el poder y la fuerza de EEUU en Vietnam. Perder la libertad bajo distintas modalidades y condiciones es propio de la guerra: prisioneros de guerra, campos de concentración, cárceles, calabozos, cadenas y aislamiento, retenciones y secuestro de civiles. Han existido y siguen existiendo diversas modalidades de secuestro: para arrancarle la información a la víctima; como recurso económico; como impacto político; y como instrumento de presión para lograr un canje de prisioneros. Nada de esto es nuevo en las guerras, desde las más antiguas que registra la historia hasta las más modernas, tanto las imperiales como las domésticas. Capturar al vencido para cobrar su rescate o venderlo al mejor postor o secuestrar a un guerrero era de uso corriente en los primeros tiempos de la civilización”.

Ballén es un convencido de la paz y dice que “estos dolorosos cuadros de la historia, la de ayer y la de hoy, por desgracia, seguirán humillando la dignidad del género humano, mientras haya armas, mientras haya ejércitos, mientras haya guerras”.

La presencia de los niños en la guerra viola los Convenios de Ginebra y sus protocolos adicionales. “Un estudio realizado por una coalición integrada por varias ONG de DDHH de América, Asia y África señala que en 87 países del mundo, más de 300.000 niños menores de 18 años son reclutados por fuerzas armadas gubernamentales, paramilitares, milicias civiles y movimientos armados disidentes... En Myanmar, los menores son obligados a barrer caminos con ramas de árbol y a detectar y detonar minas antipersonales, y en Sri Lanka se los utiliza para cometer atentados suicidas con bombas... la vinculación no es voluntaria, obedece a causas estructurales de violencia y a falta de oportunidades para realizarse como seres humanos. Son fundamentalmente los sectores marginados, devastados por la pobreza, los que nutren las filas de los grupos armados. En algunos países reclutan a los menores para el ejército con el fin de ampliar el pie de fuerza para combatir los movimientos insurgentes y quienes eluden el servicio militar son torturados, como ocurre en El Líbano. En Sierra leona, hasta el 30% del Ejército Gubernamental lo constituyen los niños entre los 7 y los 14 años. Pero el problema de los menores en los ejércitos oficiales no es solamente de los países subdesarrollados que enfrentan conflictos armados internos”.

La siguiente cita me pareció muy pertinente para el caso Boyacense: “En Colombia no es extraño que los niños vayan a la guerra. Así lo indica su historia bélica. El General Rafael Reyes, quien fue presidente de la República (1904-1909) y militar, no se formó en la academia sino en el campo de batalla, pues a la edad de 12 años, en 1862, ingresó al ejército conservador que combatía en Sotaquirá, Boyacá. En relación con el actual conflicto armado, la ONG Human Rights Watch estima que en Colombia hay unos

11.000 niños soldados que luchan en la guerra interna. Agrega la ONG de DDHH que esa cifra es una de las más altas del mundo, pues al menos una década cuatro combatientes irregulares en Colombia tiene menos de 18 años”.

Uno de los mayores males de la guerra es su injusticia. “Ninguna guerra es justa, ninguna guerra es limpia, ninguna guerra es humanitaria. Todas son injustas, sucias e inhumanas. En las distintas épocas de la historia, cada generación de guerreros ha esgrimido una causa o ha inventado una teoría para justificar la guerra: la conquista del mundo para imponer la paz universal, la defensa de la ley, la conversión de masas para rescatar a los infieles y herejes e inducirlos a las auténticas verdades o creencias religiosas, el propósito de vengar un daño o una ofensa. Sin embargo, ninguno de estos pretextos puede justificar la guerra... Como dijo Clausewitz: ‘Si la gente actuara sabiamente, ninguna guerra comenzaría’. “Una guerra justa sólo puede ser librada contra personas que sean combatientes. Matar a la sociedad civil por venganza, o aún como medio de disuasión a quienes simpatizan con ellos, es moralmente incorrecto. Con este razonamiento tan justo y humanitario, ¿dónde queda la autoridad moral de EEUU frente a los 100.000 muertos y 200.000 heridos no combatientes de Hiroshima y Nagasaki?”.

Tampoco es cierto que haya guerras limpias o de alta cirugía bélica. “Todas las guerras se hallan empañadas de felonías y traiciones, manchadas con el carmesí de la sangre inocente. En las guerras no existen pactos ni promesas, ni principios, como tampoco existen juramentos de lealtad entre lobos y corderos. No es combatiendo limpiamente, con la lealtad del adversario honrado que pone en juego su fuerza y su inteligencia, sin gabelas ni dobleces, como se ganan las guerras, sino con toda una cadena de artimañas y consejas: tendiendo emboscadas, instalando minas, creando grupos paramilitares, sitiando pueblos, cortando provisiones, aniquilando por hambre al enemigo, vistiéndolo a civiles asesinados con uniforme de guerrilleros o terroristas, utilizando mujeres para obtener información, tejiendo muchas mentiras y declaraciones hipócritas para engañar y distraer. Pero la suciedad de la guerra no se queda ahí, en el engaño y la matanza. También están el robo y el saqueo: del territorio y los tesoros de los pueblos vencidos, de las parcelas de los campesinos, de los relojes, anillos, de cadenas y hasta de los dientes de oro de los soldados caídos. Hoy como ayer, aquí y allá, la guerra es un sucio lodazal”. Yo aquí recuerdo al caudillo Gaitán cuando decía después de una derrota electoral, donde hubo trampas en su contra: “Más vale una bandera limpia sobre una cumbre, que cien banderas tendidas sobre el lodo!”.

Otra crítica que hace el Dr. Ballén es a los denominados falsos positivos que entre 1996 y 2007 registraron 515 casos en los que fueron ejecutadas 1097 personas. “La Coordinadora Colombia-Europa- EEUU denuncia que entre enero de 2007 y junio de 2008 al menos 535 personas murieron extrajudicialmente a manos de miembros de la fuerza pública”.

También niega el carácter humanitario de la guerra. “¿Cómo puede ser humanitaria una

guerra si su propósito es matar miembros del género humano? –se interroga- ¿Cómo puede ser humanitaria si su misión es segar la vida de los hombres?”.

Y él mismo se responde: “¿Para qué sirve la guerra? Absolutamente para nada!... Jamás la guerra, a corto, mediano o largo plazo, ha solucionado problema alguno. Por el contrario, los métodos violentos siempre han traído y traerán sólo sangre, destrucción y muerte”.

Y entonces qué se propone para superar este estado calamitoso? Lo denomina la hora de la civilización. “Porque la guerra es la más peligrosa, la más destructiva y la más inútil de todas las empresas del género humano, es urgente empezar a construir una sociedad sin armas y sin ejércitos”. Subrayo: SIN EJÉRCITOS.

Y lo justifica en que “Si durante seis mil años la fuerza no ha logrado solucionar los problemas de la humanidad, es absurdo que los Estados quieran insistir en ella bajo el pretexto de conseguir la seguridad nacional. Si la fuerza ha fracasado en mil y una batallas, otros valores deben ocupar su lugar: la razón, la educación y la convicción. Son estos, y no la fuerza bruta, los que deben orientar y determinar la historia... La calamidad de la guerra es de tal magnitud que para impedir su curso es preciso que la humanidad trabaje de lo simple a lo complejo y de lo concreto a lo abstracto, en varios escenarios, frentes e instancias: personal, nacional y universal. De manera simultánea, sistemática, armónica y coherente estos tres escenarios deben asumir y desarrollar, entre otras, las siguientes tareas: resolver los conflictos civilizadamente, volver a la autenticidad del diálogo, abordar, en el fuero individual década persona, la lucha contra la guerra y el trabajo por la paz, responsabilizar a las instancias políticas nacionales (aquí ningún Ministro de Defensa se cae), construir un movimiento mundial, crear un gobierno universal, abolir las causas de la guerra, eliminar las armas, licenciar a los ejércitos, utilizar la calle como medio de comunicación y de lucha y resolver nuestro conflicto interno... Civilización en singular se refiere al grado de desarrollo, madurez, características y valores de la humanidad como unidad universal. Desde el punto de vista integral, la palabra civilización se ocupa de la idea de progreso, entendido éste como el perfeccionamiento de la vida social más allá del bienestar material de los asociados, es decir, el desarrollo del ser humano en sí mismo, de sus facultades, de sus sentimientos y de sus ideales”.

Y en clave Habermasianos formula una invitación: “Es indispensable dedicar más tiempo a la controversia dialéctica, al diálogo con audacia, con palabras inflamadas de entusiasmo, con pasión si se quiere: esto es preferible al tableteo de las ametralladoras y a los estruendos de las bombas”.

El llamado a la desmilitarización es un reto a los belicistas: “Pedir que cada Estado, cada gobierno y cada funcionario piensen, actúen y tomen las medidas necesarias para

acabar con las armas y con los ejércitos no es un canto a la utopía, ni tampoco un saludo a la bandera de la paz. Hoy el mundo se divide en un poco más de 230 estados (el último Sudán del Norte). Si una sola de estas comunidades políticas es capaz de realizar sus funciones y fines sin recurrir a las armas y a los ejércitos, ello es causa suficiente para concluir que las demás organizaciones políticas nacionales pueden vivir sin sujetos ni instrumentos de guerra. Pero no se trata de uno solo, sino de varios Estados que se pueden imitar: Suiza, El Vaticano, San Marino y Andorra en Europa, Costa Rica, Panamá y Haití en Centroamérica, carecen de arsenales y de ejércitos. La existencia real de estos Estados sin armas, sin ejércitos y sin guerras releva a cualquier pacifista de esgrimir un argumento más. El caso de Centroamérica es un modelo a seguir en toda Latinoamérica, si se tiene en cuenta que este subcontinente es la región del mundo con menos conflictos interestatales”...

La creación de un Ministro de la Paz en cada Estado es un imperativo: “Es necesario que cada Estado tenga un ministro o un secretario dedicado a la paz, según su estructura y organización. El Ministerio de la Paz no será tan solo una unidad burocrática con un agente a su cabeza dispuesto a quitar y poner funcionarios, sino una persona dedicada exclusivamente a pensar y trabajar por la paz; un líder que en vez de pensar cómo matar enemigos, piense en cómo no generar enemigos y en eliminar los problemas que los enemigos denuncian. Antes que un magistrado como los demás, deberá ser un pensador y un estratega de la paz, con rectitud moral y capacidad creativa, liderando un equipo humano no muy numeroso, pero que posea similares características”.

En consonancia con ello se propone un Gobierno Mundial, depurando a la ONU y haciéndola verdaderamente democrática, pues hoy no lo es.

Hay que eliminar la producción de armas y aumentar la de bienes agrícolas y productivos. “En todos los países el gasto militar es considerablemente alto frente a la inversión social en educación y salud. Por ejemplo, el presupuesto militar de EEUU para 2003 fue de 383.000 millones de dólares, es decir 5.000 millones más que en el 2002, más 16.800 millones para ojivas nucleares y 146 millones para combatir el terrorismo biológico ... En el mundo hay un soldado por cada 43 personas y un médico por cada 1.030 pacientes eventuales; con un solo minuto de gasto militar se podría alimentar a dos mil personas durante un año... hoy existen un, poco más de 30 millones de soldados en el mundo, en las mejores condiciones físicas y mentales, pues la edad promedio está en los 21 años. Es decir, la flor de la vida de la humanidad completamente desperdiciada. Pero algo más: arrastrada por el camino de la muerte. ¿Cuántas cosas podrían producir esos 30 millones de hombres si estuviesen dedicados a algo útil para la humanidad? ¿A cuántos niños y jóvenes educarían si fuesen maestros? ¿cuántas vidas de niños y de adultos salvarían si fuesen médicos? ¿cuántas carreteras construirían si fuesen ingenieros y obreros? ¿cuántos millones de toneladas de alimento producirían si fuesen agrónomos, veterinarios y campesinos laboriosos? ¿cuántos de esos 30 millones decidieron

voluntariamente combatir? ¿cuántos pueden abandonar el oficio de la guerra sin sufrir sanciones penales o disciplinarias? El ejército constituye la más poderosa burocracia del mundo”.

Posteriormente el autor es amigo de la supresión del servicio militar obligatorio; saludo el fallo de la Corte Constitucional respecto a la objeción de conciencia para los jóvenes que no deseen prestarlo.

El libro remata señalando que las causas del conflicto armado son la exclusión y la injusticia social. Usted podrá meter a la cárcel a todos los famélicos que hurtan, pero el problema subsistirá, pues la gente no se dejará morir de hambre.

Un importante cuestionario se remitió a destacados intelectuales colombianos y voceros dela sociedad civil sobre el tema dela guerra; importantes reflexiones de personajes que jamás salen en televisión porque no son mediáticos, pero piensan mucho mejor que los que sí salen. Es el caso de Alonso Ojeda Awad y Diego Otero.

Solo quiero terminar felicitando al Dr. Ballén por tan extraordinaria obra y manifestarla que comparto plenamente sus ideas, en especial la eliminación de las fuentes de violencia y de los ejércitos. Hace unos 15 años cuando tomaba la maestría de Relaciones Internacionales en la escuela Diplomática de Madrid yo lancé esa misma hipótesis y me tildaron de utópico. Hoy debo decir que las utopías de hoy serán las realidades del mañana, para que no se les vuelva a decir a los jóvenes –como se les dice en los cuarteles- que hay que morir por la patria, sino que se les diga, que hay que vivir para la humanidad!.